

CAMINO SANTIAGO (PRIMERA PARTE)
(RONCESVALLES – VIANA)

Lo que hace muy poco tiempo me parecía una utopía, una experiencia totalmente imposible, de la noche a la mañana se convirtió en la pura realidad.

Gracias a la presión que afortunadamente me infringió mi hijo, que lo realizó en su totalidad en dos etapas una de Roncesvalles a Burgos en 2008 y la segunda de Burgos a Santiago en 2009, hizo que el gusanillo se introdujera completamente en mí y lograra que aceptara el gran reto que ello para mí suponía.

En primer lugar fui capaz de ir superando todos los miedos que me acosaban, que en realidad eran muchos, tales como la edad, la preparación física, la adaptación, las probables ampollas en los pies.

Por lo que respecta a la edad, mi hijo hizo que desapareciera ese problema, diciéndome que había infinidad de personas que lo llevaban a cabo bastante mas mayores que nosotros, en lo que se refiere a la preparación física, aunque hacemos muchos kilómetros andando como norma y con bastante asiduidad, no habíamos hecho nunca los kilómetros diarios que había que hacer en cada etapa, aun así creímos suficiente la preparación que ya teníamos. La adaptación al medio, tampoco fue óbice ni obstáculo ya que somos muy abiertos y nos adaptamos a todos los problemas y a todas las adversidades que se puedan presentar. Por los problemas físicos, sobre todo en lo que se refiere a los pies (ampollas, rozaduras), nunca habíamos tenido ese problema y eso nos animaba.

Quiero decir en primer lugar, antes de todo, que el camino lo haría en compañía de mi mujer Vicenta, que sé positivamente que es muy valiente, y claro está no me defraudó, al contrario me sorprendió muy gratamente.

Así que una vez, hechos todos los preparativos logísticos y de otra índole, habiéndonos documentado convenientemente sobre las etapas a realizar, albergues a visitar, escogida la fecha de salida en función del buen tiempo que se avecinaba, la aventura estaba servida.

Todo comenzó el lunes día 21 de Junio, a las siete de la mañana y desde la localidad de Sagunto, emprendimos y en dirección Pamplona el viaje en nuestro coche particular. Con muy poco tráfico y por la Autovía Mudéjar, hizo que sin casi darnos cuenta llegáramos a la localidad de Cariñena, dejando la citada autovía y emprendiendo la marcha en dirección a Tudela, por una carretera no muy buena pero por la que ahorramos bastantes km., Poco a poco y casi sin avisar se nos apareció Pamplona de repente, final de nuestro viaje.

Con los problemas lógicos derivados de la entrada en una gran ciudad, tuvimos la suerte de encontrar pronto la estación de autobuses y dejar el coche en zona azul. Dirigiéndonos a la mentada estación donde adquirimos los billetes en la empresa Artieda, para por la tarde emprender el viaje a Roncesvalles (nuestro punto de salida). Nos tomamos unas cervecitas y unos pinchitos por el centro de Pamplona, para reponer fuerzas e hicimos un poco de turismo.

Tuvimos la inmensa suerte de encontrar un aparcamiento bastante cerca de la Estación, en un barrio bastante aceptable y que se nos antojaba seguro, por lo que nos fuimos de allí bastante tranquilos con la situación del vehículo. En ese momento y cuando nos colgamos las mochilas, comprendí que ya no había marcha atrás, que ya parecíamos unos peregrinos de verdad y que la aventura había comenzado.

Se nos hizo inmensamente larga la espera en la coqueta y bonita estación de autobuses de Pamplona, situada debajo de una inmensa pradera verde en el corazón de la ciudad. Allí sentados en las cómodas salas de espera y con un cierto cosquilleo en el estómago esperamos el momento ansiado.

A las seis de la tarde emprendimos la marcha con el autobús lleno de peregrinos a Roncesvalles, al pleno Pirineo, por paisajes preciosos y por donde al día siguiente tendríamos que transitar y no precisamente en autobús. A mi particularmente el viaje de unos 45 kms., me pareció larguísimo, inacabable, seguro porque el pensamiento me traicionaba y me hacía pensar que bajar en dos etapas a Pamplona nos resultaría imposible.

Ya estábamos en Roncesvalles en vasco “Orreaga”, eran las siete de la tarde, el enorme Monasterio nos daba la bienvenida. Sin saber donde ir de principio, esperamos para hacer lo que hicieran los demás. De pronto nos encontramos en una sala donde nos entregaron una credencial a cada uno, donde a la larga de todas las etapas nos estamparían el sello correspondiente y también nos asignaran el lugar donde pernoctaríamos.

Oímos Misa donde recibimos la bendición del Peregrino en una misa concelebrada por cuatro sacerdotes ya entrados en años y que fue bastante peculiar y graciosa ya que no se ponían de acuerdo entre ellos y discutían en su transcurso.

Hacía frío en el lugar, por lo que optamos a ponernos el anorak que portábamos en la mochila. Dejamos el equipaje en el dormitorio asignado, que era un pequeño barracón con cuatro literas de dos plazas y nos dirigimos a cenar pues ya el estómago nos pedía auxilios amargamente.

Esa noche aun tuvimos la oportunidad de ver el partido completo de España y Honduras en el bar donde cenamos y nos fuimos al barracón con la satisfacción de haber visto ganar a nuestra selección no sin bastantes apuros.

La noche era preciosa, plagada de estrellas y bastante fría, así que en un momento nos encontramos en el saco de dormir de nuestra litera y con el pensamiento en la aventura que se avecinaba a la mañana siguiente. Y como siempre que a otro día tengo que hacer alguna cosa importante, me cuesta

bastante conciliar el sueño, mi subconsciente no me deja, así que pasé la noche a saltos, mi carácter nervioso me impidió descansar plenamente.

Antes que amaneciera ya escuché los primeros movimientos de algunos de mis vecinos de barracón que ya se aprestaban a los preparativos para el inicio de su aventura.

Yo como estaba deseando que eso ocurriera, pegué un salto de la cama con los nervios rondándome el estómago y con una ilusión atroz por empezar ya, desperté a mi mujer, que como siempre se hizo la remolona y se dio la vuelta, la tuve que llamar varias veces y solo hizo caso cuando observó que muy levemente empezaba a clarear.

Una vez aseados y preparadas las mochilas, salimos fuera y observamos el cielo que era de un azul levísimo confundido aun con las penumbras. Eran las seis y veinte de la mañana, se notaba mucho fresco pero íbamos bien equipados y enfundados con nuestros anoraks.

Con un nerviosismo como si fuéramos niños nos dirigimos a la carretera en la que habíamos llegado, con nuestras mochilas y nuestros palos e inmensamente ilusionados. Inmediatamente vimos un cartel que indicaba “Santiago de Compostela 790”. Hicimos la obligatoria foto y allí mismo y siguiendo las flechas que indicaba por donde empezaba el camino, nos introducimos en un sendero entre frondosos árboles que hicieron que pareciera que la noche se había adueñado nuevamente.

Era maravilloso andar a esa hora de la mañana, por el mismo lugar donde millones de personas lo habían hecho anteriormente a nosotros. El cantar de los miles de pájaros que tejían una música celestial como si fuera la mejor orquesta del mundo no animó más de lo que aún estábamos. Ya se veían muchos peregrinos por el camino, algunos que nos adelantaban y otros a los cuales lo hacíamos nosotros y siempre en ese momento lanzando al aire la frase mas dicha como luego comprobé en el camino “Buen camino”.

Pasamos por el primer pueblo a unos 3 kms., denominado Burguete, en vasco “Auritz”, donde paramos a desayunar para tener las calderas llenas de un buen combustible, pues el viaje era largo y no podíamos tener desfallecimientos y menos por no comer lo suficiente

Pasamos por paisajes bucólicos, preciosos, el sol aun no había salido pero ya apuntaba hacerlo, nos acompañaban vacas pastando, y algún perro que nos ladraba cariñosamente en la puerta de algún caserío, acostumbrado a ver pasar todos los días infinidad de personas.

Pasamos sin parar por el precioso pueblo de Espinal (Auzperri) y ya desde entonces no dejamos hasta que terminó la etapa de subir y bajar, el camino a veces se empinaba como improvisadamente se convertía en un descenso vertiginoso.

El paisaje seguía siendo precioso, claro estábamos en pleno Pirineo navarro, llevábamos ya unos ocho km y de fuerzas íbamos mejor de lo que pensábamos, todo esto cuando pasamos el alto de Mezkiriz. El sol hacía ya tiempo que había salido y nos acompañaba con sus rayos aun tímidos pero seguro que sería por

poco tiempo, no tardaría mucho tiempo en el que añoraríamos la hora en que iniciamos la primera etapa.

Pasados los pueblecitos de Biskarreta y Litzoaín, fuimos perdiendo el miedo que en nuestro fuero interno teníamos a nuestro comportamiento físico. Nos encontrábamos muy fuertes y llevábamos ya la mitad de la etapa, pasábamos sin querer a mucha gente y eso nos animaba y nos estimulaba.

A las 9 de la mañana recibimos la llamada de nuestro hijo, le contamos como íbamos y se quedó muy contento, aunque yo creo que él ya se lo esperaba,

Antes de llegar al duro puerto de Erro, cruzamos la pequeña población de Egorreta y paramos a llenar las cantimploras de agua y a comprar frutos secos y fruta, pues seguro que mas tarde nos harían falta, ya que el esfuerzo realizado te podría pasar cuentas.

Cruzamos el puerto de Erro, no sin dificultad, ya que fue bastante largo y en algún momento el camino lleno de piedras y en mal estado hacía que hubiera que medir los pasos. Teníamos como compañeros de camino a unos jóvenes chinos, por lo menos físicamente, ya que no podíamos comunicarnos con ellos y parecían las “Lagunas de Ruidera”, ya que tan pronto desaparecían y parecía que ya los habíamos dejado atrás, como por arte de magia nos adelantaban hasta aparecer al poco tiempo.

Ya solo nos quedaba la bajada del puerto de Erro, hasta el final de nuestra primera etapa la población de Zubiri, ya empezamos a notar las piernas un poco pesadas, pero en fin no era todo lo que yo me hubiera imaginado días antes. No encontrábamos bien, ni mucho menos como al salir, pero relativamente aun teníamos fuerzas. Solo nos quedaban unos 6 km pero vaya 6 km, fue todo una bajada muy pronunciada, a veces peligrosa y a veces muy pedregosa, se hizo interminable, muy pesada y en la que cada paso que dabas lo tenías que medir previamente, llegué hasta pensar que nos habíamos despistado. Todo ello en medio de un bosque de hayas y de pinos maravilloso.

De pronto y sin avisar apareció Zubiri, el final de nuestra primera etapa, ya habíamos llegado después de caminar 22 km, por todo tipo de caminos, estábamos muy contentos, yo en mi fuero interno pensé que habíamos sido unos héroes.

Rápidamente nos fuimos al albergue donde nos sellaron la credencial y nos instalamos, escogimos nuestra litera, y lo primero que hicimos fue mirarnos las plantas de los pies, comprobando con mucha satisfacción que estaban perfectos. Y yo creyendo que era un héroe, y aunque parezca una tontería, pues no, yo así me lo creía y eso seguro me daría fuerzas en el día y otros días siguientes.

Mi esposa estaba también muy contenta y sorprendida por nuestro comportamiento, nos duchamos y nos dimos un masaje en los gemelos con una crema para descargarlos, acción esta que surtió efecto ante mi incredulidad.

Cuando llegamos al albergue (había otros dos mas en Zubiri), solo se encontraban allí un chico joven que habíamos conocido en la sala de espera de la estación de Autobuses de Pamplona y que se llamaba Pepe, otra pareja joven también de Valencia y recién casados y que curiosamente hacían el viaje de

novios, haciendo el camino y además lo pretendían hacer en su totalidad hasta Santiago, no como nosotros que solo pensábamos y por motivos familiares llegar hasta Logroño.

Lo que más suspirábamos en ese momento era tomar un líquido amarillo con espuma muy blanca y en busca de eso nos marchamos y lo encontramos muy pronto, el primer trago largo y el segundo y quizás el tercero es como estar degustando la gloria eterna, madre mía merece la pena hacer un viaje tan largo y penoso, para luego tener de recompensa el “maillot amarillo”, digo el líquido amarillo.

El albergue se fue llenando, cuantos habían llegado detrás de nosotros, no me lo podía creer, joder éramos unos héroes, pero de verdad.

Casi toda la tarde la pasamos en el albergue, haciendo la colada, descansando, charlando con más peregrinos, sobre todo con españoles, pues con extranjeros no podíamos entendernos, excepto cuando ellos chapurreaban algo el castellano. En esos momentos, comprendí que era un perfecto “cateto”, un redomado “palurdo”, toda mi vida con el tiempo libre que había tenido y que no era capaz de decir nada, solo Good morning” y “goodbay”. Una pena, no tengo perdón posible. Peregrinas inglesas y alemanas rubias, ni francesas morenas, a ninguna les pude decir nada de nada, solo mostrarles una sonrisa, en fin me califico con el suspenso mas bajo.

Allí en ese albergue conocimos a un brasileño que había venido hacer el camino, desde allá tan lejos, eso si que era una aventura. Este peregrino era un “crack”, siempre con la sonrisa, más bien con una carcajada contagiosa, que nos hizo pasar buenos ratos durante los días siguientes, con su mezclado castellano y portugués. Solo tenía un defecto, cuando dormía, era un espectáculo, sus ronquidos los escuchaba todo el pueblo. Cuentan que en Roncesvalles, entre todos los cogieron y lo llevaron a dormir a los cuartos de baño.

Esa noche a pesar de los ronquidos, dormimos como angelitos, el cansancio acumulado a la mañana siguiente había desaparecido.

Eran las 6 de la mañana del día 23, todo era bullicio y preparación en el albergue, todo el mundo preparándose para la nueva batalla que estaba a punto de comenzar. Nosotros aun no sabíamos el final de la etapa, teníamos duda si iba a ser Pamplona, o Cizúr Menor, un pueblo más allá de Pamplona, mas tarde lo decidiríamos.

Sobre las 6,20 ya estábamos en movimiento, posiblemente porque dejábamos ya por la noche la mochila casi hecha y porque en la misma llevábamos lo justo, para que el peso fuera mínimo y eso si que fue un acierto, ya que yo llevaba un peso atrás de 5,5 kg y mi mujer unos 5, mientras casi a todos lo que les pregunté no bajaban de 8. Ya decía yo que íbamos muy rápidos y que adelantábamos a muchos. Algunos me dijeron que portaban unos 12 y hasta alguno 14, en fin una barbaridad, por eso llegaban al final reventados.

La mañana como el día anterior, preciosa, y desde el momento en que salimos acompañándonos del río Arga, pasamos por pueblecitos muy pequeños, con cuatro o cinco casas con típico sabor vasco, vimos muchos caballos que pastaban, y también muchas vacas y como no el piar incesante de miles de pájaros de muchas clases y que nosotros aun no conocíamos.

Paramos a desayunar copiosamente con lo que habíamos comprado la tarde del día anterior, mucho dulce y fruta y con batidos. Eso nos proporcionó la fuerza necesaria para ir devorando camino poco a poco.

Yo observaba a mi mujer sin que ella se enterara y la veía feliz, con un paso alegre y al mismo tiempo con fuerza, con una seguridad que a mi me daba mas seguridad aun si cabe. Parábamos y hacíamos un brevísimo descanso que agradecíamos y nuevamente tomábamos el mismo aire que habíamos dejado.

Fuimos pasando por las localidades casi desiertas de Larrasoña, Guendulain, Zuriain, donde en alguna solo nos saludaba el ladrido agradecido de un perro al cual habíamos nosotros obsequiado con una palabra cariñosa.

El paisaje era muy parecido al del día anterior, solo que bajábamos mas que subíamos y eso se agradecía, aunque la cuesta que aparecía era bastante fuerte sobre todo al llegar a la población de Zabaldika y subir a su iglesia que se encontraba en pleno camino.

A lo lejos ya empezamos a ver edificaciones diseminadas, ya no podíamos estar muy lejos de Pamplona. Pero una pequeña sierra nos impedía ver más. Cruzamos por un túnel una autovía y luego después de una larga bajada nos encontramos de golpe con una población grande. Debía de tratarse de Villaba (pueblo natal de Miguel Induraín, famoso ciclista ganador del Tour en varias ocasiones). Pasamos por un puente románico precioso y ya andando por sus calles lo primero que hicimos fue buscar un bar donde aplacar nuestra hambre canina y tomar el celestial líquido rubio, placer de nuestras reseca gargantas. Allí nos comimos bocadillos de tortilla española y chistorra Navarra y al salir de allí y vimos brillar la luz divina.

El sol ya picaba bastante, y te iba castigando las espaldas y el cogote, pasamos a la población colindante de Burlada que la dividía una calle y busqué “un chino” donde adquirí unas chanclas ya que las que poseía las había dejado olvidadas en el albergue anterior, solo por hacer honor a mi condición de despistado perpetuo.

Ya solo nos quedaba de cruzar un puente sobre el río Arga para encontrarnos en Pamplona y lo que unos dos días antes me parecía imposible cuando subía en autobús a Roncesvalles, lo tenía allí a la vista de mis ojos. La fuimos cruzando siguiendo las flechas correspondientes y en ese momento decidimos que seguiríamos hasta Cizúr Menor unos 5 km mas allá. Como pasábamos bastante cerca de donde teníamos el vehículo, me acerque a echarle un vistazo mientras mi mujer se quedaba en un banco del parque de la Ciudadela con las mochilas. Cuando observé que estaba en orden, regresé y nuevamente retomamos el camino, con nuestro común amigo el astro sol, que cuando no teníamos una sombra nos castigaba duramente, así fuimos cruzando Pamplona hasta llegar a las afueras, donde a partir de ese momento y sin

avistar ni un árbol bendito que nos pudiera ofrecer su sombra aunque fuera por un segundo. Menos mal que avistamos Cizúr en lo alto de una colina que era castigada por el más malvado sol que uno se pueda imaginar.

Poco a poco fuimos subiendo no sin penurias, haciendo pequeños descansitos y bebiendo agua sin parar. Llegamos al albergue sobre las dos y media de la tarde, medio asados y cansados más bien por el suplicio que nos había infringido nuestro “hermano sol”, que por el recorrido.

El albergue pertenecía a los Sanjuanistas, y a la Congregación de la Cruz de Malta. Se encontraba al frente un “hospitalero” proveniente de Argentina, muy dicharachero y simpático y que nos indicó que estábamos de suerte, ya que esa tarde al ser la víspera del día de San Juan se celebraría una Misa y luego una invitación que sufragarían los “mandamases” que harían una visita al albergue. Nos comunicó que sería servido un vino magnífico y que el precio de la botella era de unos 50 euros la unidad. Yo no llegué a creérmelo, pero de todas formas lo boca se me hizo agua, mas bien por la sed que llevaba en esos momentos.

Después de cumplidas nuestras obligaciones burocráticas, duchados, cambiados y totalmente limpios, procedimos al ritual del masaje y observación de los pies, y viendo que estábamos hechos unos “toros”, nos largamos porque teníamos una cita con el “lúpulo y la cebada”. Nos echaba de menos, o quizá más bien éramos nosotros. Que placer, que dicha, que felicidad, no lo puedo describir con palabras. Lo mejor del día, te refrigera el estómago, todo el cuerpo, la quemada cara por el sol, y te refrigera el alma.

Todo se cumplió a la perfección por la tarde, la Santa Misa y el ágape, el vino, superior tanto el tinto como el blanco, aunque no sé si su precio llegaría a esa cantidad, pero en fin ese detalle que tuvieron con los habitantes del albergue lo agradecemos de corazón.

Pasamos la tarde descansado, aunque a pesar de que la etapa había sido larga unos 26 km, no nos encontrábamos especialmente cansados, aunque la llegada había sido especialmente dura. Estábamos cogiendo la forma física a marchas forzadas y eso nos alegraba.

Era el día 24, íbamos a por el tercer día de nuestro particular camino, y lo empezábamos con la misma ilusión que cuando lo iniciamos en Roncesvalles, con el mismo nerviosismo de siempre y la misma ilusión, a ver las aventuras que nos proporcionaba la jornada. La próxima era llegar hasta Puente la Reina, pueblo famoso en el Camino.

Otra mañana calcada a la anterior, pero sin bosque ni sombras, habría que salir pronto y no dar tregua, sino el sol nos aplacaría las fuerzas y la moral y nos dejaría tocados, por ello a las seis y cuarto de la mañana ya estábamos en camino, gracias a Dios nos encontrábamos bien, físicamente perfectos, increíble pero cierto, pero al fin lógico porque ya llevábamos mucho tiempo andando y eso se notaba.

Desde los primeros pasos, ya se veía a lo lejos la altura por la que debíamos pasar, el llamado Alto del Perdón, una sierra con un parque eólico bastante concurrido de esos parecidos molinos de viento. Fuimos alcanzando altura poco a poco, pasamos por la localidad de Zariquiegui y la cuesta se fue empinando, de este paso ya tenía referencias por mi hijo y me dijo que me lo tomara con calma, total que poco a poco fuimos alcanzando altura mientras las torres eólicas cada vez mas cerca de nosotros parecían engullirnos entre sus aspas.

Cuando llegamos al Alto de El Perdón, bastante sorprendidos por lo bien que se nos había dado, ya había bastante caminantes allí arriba. Me dí cuenta que todos ellos habían madrugado mucho más que nosotros. El panorama que desde allí se observaba era grandioso, por una parte se contemplaba Pamplona y a lo lejos el Pirineo y a la otra una extensión de terreno grandísimo, poblado por tres pueblos por donde deberíamos de pasar y allá tapándolo unas pequeñas montañas el pueblo de la etapa final.

Nos hicimos las obligadas fotos, mejor dicho nos la hicieron una pareja de eslovenos, muy simpáticos, la lástima que no nos podíamos entender y asimismo les hice también unas fotos. Con estos peregrinos nos juntamos varias veces más a lo largo de las etapas siguientes.

Allí repostamos y tomamos fuerzas, y emprendimos la bajada no sin tomar bastantes precauciones ya que el camino se tornaba bastante complicado, había que asegurar bien la pisada ya que había muchas piedras y la senda era bastante desigual.

Cuando llegamos abajo, el camino cambió a bastante bueno y por el cual se transitaba muy bien, lo que propició que cogiéramos una aceptable velocidad de crucero, que hizo que pasáramos rápidamente por las poblaciones de Uterga, Muruzábal y Obanos. Por este último pueblo, el calor ya empezaba a notarse un poco serían las diez y media de la mañana, pero gracias a Dios, ya nos quedaba poco para llegar a Puente la Reina, unos cinco km, e íbamos fuertes, increíble, pero así era, para nuestra satisfacción personal. Era el día que mejor nos habíamos encontrado, esperábamos que fuera por mucho tiempo.

Estábamos ya en Puente la Reina, eran un poco mas de las once y media, en el albergue de los Padres Reparadores al que fuimos aun permanecía cerrado, no abrían hasta las doce, así que esperamos en la puerta, ya había esperando unos siete peregrinos. Lo bueno de llegar pronto a un albergue era el de conseguir plaza en el mismo, sino tendrías que buscar plaza en otro sitio.

Una vez albergados, el ritual era el mismo, y siempre no había novedad nuestras máquinas funcionaban con maravilla, lo mas principal nuestros neumáticos no se desgastaban.

Inmediatamente, había que refrescarse y mientras la mayoría se tiraba en la cama a descansar los pies, Vicente y Vicenta (tanto monta, monta tanto), se dirigían raudos y veloces a buscar la copa fresquita conteniendo el néctar dorado que los aliviaba sobradamente de los calores del camino.

El albergue, estaba muy bien, tenía cocina propia, y tenía anejo un jardín plantado de césped y árboles, que fue el placer de casi todos los peregrinos esa tarde y cuando el calor azotaba. Allí vagueamos bastante tiempo, leyendo mi mujer revistas del corazón y yo todo que caía en mis manos.

Ya tarde, compramos en el precioso pueblo para cenar y allí en el albergue lo cocinamos, y también nos tomamos la última cervecita para tratar de ir lo mas fresquitos a la cama.

También nos hicimos la foto reglamentaria en el puente más característico del Camino de Santiago, el puente que cruza el río Arga.

Por la noche y como la hora de cierre de los albergues es a las 10, no te queda mas remedio que irte a la cama a esa hora, cuando aun ni ha anochecido del todo. Pero las normas son las normas y hay que respetarlas.

El objetivo se iba cumpliendo, estábamos habituados ya al cien por cien, lo que si íbamos notando es que el final se iba acercando aunque aun pareciera lejos, y mira que lo sentía, estábamos disfrutando a más no poder del camino, todo era una bendición, un regalo.

Tan de mañana como las otras mañanas precedentes iniciamos el viaje que nos llevaría hasta la monumental ciudad de Estella. Cuando cruzamos tan temprano nosotros solos la calle Mayor y luego el famoso y fotogénico puente, nos sentimos muy importantes, unos héroes en una aventura que hace poco nos parecía una quimera, de un proyecto que nunca había pasado por nuestra cabeza.

El camino y según la orografía impresa en un papel que llevaba a mano, predecía una etapa de muchos altibajos, es decir que habría muchas cuestas arriba y abajo y así efectivamente fue, una etapa rompedora de piernas, sin grandes alturas, pero con un perfil como una sierra afilada.

Al salir nos encontramos con una camino llano, cruzado a esas horas de la madrugada por un montón de caracoles, que me dio lástima no haber podido cogerlos para luego hacer una buena paella.

Al poco tiempo el papel no nos engañó, empezaron los altos y bajos, pero nosotros lo quisimos ver con otros ojos, cuando notábamos que las pulsaciones se disparaban hacíamos una pausa y así íbamos salvando los desniveles.

De esa manera pasamos en primer lugar por Mañeru, donde aunque parezca mentira, un perro nos indicó con sus ladridos que nos habíamos equivocado de calle al pasarlo y nos acompañó hasta las afueras.

Después cruzamos Lorca y después camino de Villatuerta conocimos a una peregrina que caminaba sola llamada Paula de San Boi de Llobregat, con la cual compartimos un buen trozo de camino. Esta peregrina un pelín mas joven que nosotros era una chica llena de simpatía, de sencillez y buen humor y el tiempo que duró su compañía resultó muy ameno. En Villatuerta como ella ya tenía albergue reservado, nos adelantamos, y quedamos en juntarnos luego en Estella para tomar algo, ya que ella terminaba sus etapas del camino en esa población.

Siguiendo la etapa y ya al final, encontramos a Pepe el joven de Vigo, que hacía ya unas jornadas no habíamos vuelto a saber nada de él, se dio una gran sorpresa, no esperaba que hubiéramos progresado tanto. Entramos juntos en Estella y nos dirigimos al albergue Parroquial, donde solo había dos peregrinos que habían llegado antes que nosotros, y como aun no habían procedido a su apertura Pepe, un argentino que hacía el camino en bicicleta y yo, compramos unos botes de cerveza que degustamos en la puerta del albergue

Antes de que procedieran a su apertura, fueron llegando numerosos peregrinos, y yo pensando que al que madruga Dios le ayuda..

Cumplidos todos los trámites, nos largamos a buscar algo de comida y tomarnos las cervecitas de rigor, ya que teníamos más sed que mil camellos juntos. De vuelta descansamos un ratito en nuestras camas y acompañado de mi mujer y aunque Pepe nos dijo que estábamos locos, subimos a todo lo alto de la ciudad a visitar la basílica de la Virgen del Puy, mereció la pena, pero en verdad había que estar loco, menos mal que yo casi lo estoy y lo llevé a cabo porque la vista desde allí merecía la pena y la basílica también.

Por la tarde nos juntamos nuevamente con Paula, y tomamos unas cervecitas sentados en una terraza que nos supieron a gloria bendita.

Después nos juntamos también en la misa del peregrino y ya a la salida del acto nos despedimos de Paula, ya que era su último día, no sin intercambiarnos los teléfonos y correos respectivos.

En el albergue parroquial nos invitaron a cenar como siempre hacían con todos los peregrinos solo por unas monedas a la voluntad de cada cual. El ambiente fue espléndido, desenfadado, allí habíamos de todas las nacionalidades, juntos, en familia, como si nos conociéramos de toda la vida, entendiéndonos casi por gestos, menos mal que yo tenía al lado a mi secretario “Pepe”, que sabía el inglés a la perfección y me traducía.

Por la noche aun nos dio tiempo de ver el partido de España contra Chile y después nos envolvimos en los brazos de Morfeo, ya cansados porque a decir verdad no parábamos en todo el día.

Llegábamos al penúltimo día, y de verdad que lo sentíamos, queríamos saborear cada minuto, cada hora que ya nos iba quedando, nunca pensé que me iba a encariñar tanto con el camino, con sus gentes, que nos íbamos a implicar tanto, que iba a ser presuntamente tan triste la despedida.

Ese día nos marchábamos para la población de Los Arcos, y así fue con nuestra habitual fuerza y ganas de todos los días, conservando nuestros pies intactos, no de km, sino de ampollas, las temidas ampollas. Mi mujer les decía a todos los que le preguntaba por las ampollas y les contestaba que a nosotros no nos salían pues éramos ya viejos y los callos y las costras y las pieles duras que ya teníamos no las dejaban aparecer.

Ibamos teniendo suerte, el tiempo seguía siendo nuestro aliado, la mañana apareció ante nosotros otra vez limpia, muy clara y otra vez nos pusimos en marcha, cruzamos Estella siguiendo las flechas indicadoras. Al momento llegamos al Monasterio de Iratxe, y por consiguiente a la famosa “Fuente del vino”, propiedad de las Bodegas Iratxe. Allí nos juntamos con la simpática pareja eslovena, y quisimos probar el vino que teóricamente debía salir por uno de los grifos donde indicaba vino. Yo estaba totalmente seguro que iba a salir, porque así me lo había dicho mi hijo, que ya había pasado por allí. Pero ah, decepción, accioné la palanca y de allí no salía nada, probé otra y otra vez nada. Le hice comprender a nuestros amigos eslovenos que aquello no funcionaba. Total, la decepción fue grande. Mas tarde me enteré que había sido un “pardillo”, había que haber accionado varias veces seguidas hasta que la presión hubiera hecho ascender el preciado líquido, así de fácil y así de sencillo. En fin otra vez será.

Seguimos con los eslovenos y llegamos a un cruce de caminos donde había una amable persona que nos regaló un vale para un bar de un pueblo cercano para una consumición y también nos ofreció echar un trago en la bota que allí tenía. Agarré la bota y como no se me da muy mal beber en ella, pegué un largo trago con la bota estirando los brazos todo lo lejos que pude, quedándose los eslovenos “flipados” por lo que habían visto, sacaron la cámara de fotos para inmortalizar el momento, así que me vi otra vez haciendo la correspondiente repetición del trago. A continuación le indiqué a Andhas que así se llamaba que le tocaba a él. Yo ya le veía venir y sabía lo que iba a pasar, así que agarró la bota con poco arte, todo hay que decirlo, y tragó vino por todos los sitios, pobre hombre, su esposa Joanna rió como nunca había reído en su vida.

Llegamos a la localidad de Azqueta, no sin subir y bajar, ya que las llanuras parecían que habían desaparecido por completo y mas tarde entramos en el pueblo de Villamayor de Monjardín, donde realizamos una parada para reponer fuerzas, ya que luego hasta el final de la etapa en Los Arcos, no pasábamos por ninguna localidad mas.

El paisaje que encontramos después a mi mujer le encantó, unas llanuras extensas sembradas de trigo y centeno y unas colinas azules que nos observaban a lo lejos y un camino en muy buen estado hacían que el camino se nos hiciera corto ya que habíamos tomado una velocidad de crucero, que hacía que los km pasaran muy rápidamente. Por esa zona, adelantamos a nuestro común amigo Pepe, que circulaba con una chica extranjera muy mona, no perdía el tiempo nuestro amigo, que tío, no me extraña que se le dieran también las “peregrinas”, era muy simpático el gallego.

Nosotros para no importunarlo, los pasamos, aparte de que se quedó muy sorprendido cuando nos vio llegar, no se lo creía.

Ya estábamos en Los Arcos, una bonita población y rápidamente nos dirigimos al Albergue Municipal y como casi siempre nos pasaba, aun

permanecía cerrado. Nos sentamos a esperar y mientras nos tomamos una cervecita de la máquina expendedora, nos miramos los “neumáticos”.

A continuación llegó Pepe y poco tiempo después nos encontrábamos los tres sentados en una mesa de un acogedor bar, tomándonos unos pinchos y unas “birras” tan fresquitas que nos supieron a néctar de dioses, que buena estaba esa cerveza.

Por la tarde descansamos un rato y luego cumplimos con nuestra asistencia a la misa del peregrino, en la monumental iglesia de la población y digo monumental por decir algo, creo que en mi vida he visto una iglesia tan preciosa como esa, merece la pena hacer un viaje solo por hacer una visita a ese templo.

Mas tarde, el cielo empezó a poblarse de nubes que fueron tornándose de un color negro plumizo y rápidamente y precedida por unos truenos se formó una tormenta que descargó gran cantidad de agua que aparte de refrescar el ambiente, mojó todo y dejó un olor a ozono que daba gusto respirar el aire de la calle.

Por la noche, hicimos unos spagueti en la cocina del albergue, cenamos los tres, Pepe, mi mujer y yo.

La próxima etapa era por desgracia ya la última, y sentíamos pena de verdad, pero las obligaciones familiares nos impedían seguir más tiempo, estábamos en lo mejor, disfrutando del camino como el que mas. Pero en fin así era y así lo teníamos que acatar.

Por la mañana y tan temprano como todos los días, comprobamos que el camino por el que transitábamos estaba por algunas zonas muy blando, y nuestro calzado se hundía y se llenaba de barro, todo ello debido a la tormenta caída el día anterior, pero el cielo había aparecido otra vez limpio y virgen.

Pasamos por las poblaciones casi juntas de Sansol y Torres del Río y emprendimos la última parte de nuestra última etapa. Al subir una pequeña cuesta pudimos observar muy a lo lejos la población de Logroño y quedamos en terminar allí la etapa, aunque nos parecía imposible dada la distancia que pudiéramos acabar allí.

Después de una hora andando, me fui dando cuenta de que no marchaba como todos los días, no me dolían las piernas, sino que mi motor no iba todo lo bien que yo quisiera, lo achaqué al sol que daba ya con mucha fuerza, pero eso no podía ser ya que en otras jornadas había pasado lo mismo. Sin comentarlo con mi mujer, pronto ella me advirtió que no iba bien, que no llevaba la fuerza de otros días. Rápidamente me convencí que habíamos cogido “una pájara”, como se dice en el argot ciclista. No habíamos hecho la alimentación necesaria, ya que la noche anterior solo habíamos tomado la pasta y por la mañana

tampoco fue muy fuerte y por eso lo íbamos pagando, mi mujer sobre todo, lo estaba pasando mal. Comimos unos pocos frutos secos y poco a poco llegamos a la localidad de Viana, que a postre sería el final de nuestro viaje, ya a las puertas de Logroño.

Nada mas entrar en la monumental y preciosa ciudad, lo primero que hicimos es entrar en el primer bar que vimos y pedir dos bocadillos para cada uno y unas cervezas monumentales que hizo que los clientes que había en el mismo se quedaran extrañados mirándonos, pero nosotros nos dedicamos por entero a nuestro trabajo y no hicimos caso a nadie, estábamos desfallecidos. Los trozos de tortilla y chorizo y los largos tragos de cerveza nos volvieron paulatinamente a nuestro estado natural. Nuestro cuerpo respondió perfectamente, toda nuestra maquinaria empezó a funcionar como si no hubiera pasado nada.

Aun así, cuando llegamos al albergue municipal, aun no estaba abierto, nos pusimos en la cola y esperamos el momento, tras la esperada ducha y dejar todo en orden y para convencernos de que todo marchaba bien en nuestro interior nos dimos una vuelta por el pueblo y nos tomamos otra cervecita y compramos en una tienda que por casualidad estaba abierta, ya que era domingo y deberíamos comer, cosa que hicimos en el albergue con dos huevos fritos cada uno, una ensalada y varias cosas mas. Estábamos como nuevos.

La tarde discurrió plácida, y el cielo se fue cargando de nubes extremadamente amenazadoras, que presagiaban una tarde de tormenta, sin duda alguna.

Nosotros ya que desistimos de ir a Logroño y eso que lo teníamos muy cerca, pensamos que a la mañana siguiente haríamos el pequeño recorrido y allí en esa ciudad tomaríamos el autobús para regresar a Pamplona. Pero tuvimos que cambiar de opinión poco tiempo después, ya que cuajó una tormenta mayúscula, imponente, donde descargó una gran cantidad de litros de agua y hubo infinidad de truenos y relámpagos que cruzaron el negro cielo.

Con deleite y algo de sobrecogimiento, la observamos en directo desde una ventana del albergue, fue alucinante, veía toda la llanura hasta Logroño y el espectáculo fue digno de verse, tengo que decir que he visto pocas tormentas así, si ello nos coge en el camino no se que hubiera sido, pero afortunadamente estábamos a cubierto.

Decidimos por unanimidad que a otro día no caminaríamos a Logroño, pues el camino estaría lleno de mucho barro y que llegaríamos a coger el autobús, hechos una pena. Así que regresaríamos desde la localidad en donde estábamos pues el autobús a Pamplona tenía parada en ese pueblo. A otro día nos enteramos de que la tormenta desatada sobre Logroño fue de época.

Era nuestra última noche en un albergue, durmiendo en una litera a las que ya habíamos cogido cariño, fue si cabe una noche triste, y también alegre, habíamos conseguido nuestro objetivo con matrícula de honor, éramos unos héroes o yo así me lo pensaba, pero por otra parte no quería regresar, quería continuar, seguir el mucho camino que aun quedaba, a mi mujer le pasaba lo

mismo que a mi. Había sido todo maravilloso, una experiencia para recordar siempre, una experiencia totalmente positiva, donde hemos conocido personas maravillosas, donde han compartido con nosotros y nosotros con ellos momentos que no olvidaremos. Gracias a todos.

Nos marchamos algo tristes y mientras esperaba en la parada del autobús donde nos subiríamos a uno de los autobuses “La Estellesa” y que nos llevaría a Pamplona nuevamente repasé día a día todas las aventuras de las jornadas pasadas y me dije que lo plasmaría en papel. No quería que con el tiempo se me diluyera en el olvido.

La próxima vez iniciaremos en Viana el comienzo de una nueva aventura, espero que no sea muy tarde, quizá en Septiembre, eso esperamos,

“Buen camino a todos”

Vicente Angulo del Rey

